

LOS TREPADORES

Sergio Gaut vel Hartman

Cuando llegué delante de la puerta no había nadie esperando. Pulsé el disco de llamada y de inmediato una flecha verde indicó que el ascensor bajaba. Instintivamente alcé la vista para medir la espera, pero no había tablero indicador, y el ascensor tanto podía estar a tres como a treinta pisos de la planta baja.

Los edificios colosales me abruman. Me aterra la perspectiva de quedar atrapado por un incendio y a veces me asalta una pesadilla de corredores infinitos y puertas cerradas o recodos ciegos. Suelo despertarme empapado, presintiendo que he naufragado en una realidad ajena, de la que será difícil salir.

En pocos segundos ya éramos cuatro los que esperábamos. Una mujer joven, deslumbrante y escandalosa, vestida con una solera verde muy ceñida, fue la primera que llegó. Preguntó si hacía mucho que esperaba. Le dije que no. Mientras pensaba con qué excusa podía prolongar la conversación, la miré descaradamente. Tenía los pechos redondos, marcados por la tela, y no usaba sostén. Cuando decidí que le hablaría del tiempo llegó un hombre con aspecto de ejecutivo, prematuramente calvo, que portaba una cartera impresionante, con cerradura de combinación. Casi de inmediato lo siguió un anciano encorvado, triste y harapiento que parecía fuera de lugar en un edificio de líneas tan audaces como aquél.

Todos miraron hacia arriba en algún momento, y luego de comprobar que el único dato seguro era que el ascensor se acercaba, empezaron a observarse discretamente unos a otros.

El ascensor se detuvo con un *clanc*, y durante dos o tres segundos permaneció con las puertas cerradas.

Se acercaron dos mujeres mayores, una de las cuales se parecía a Joan Crawford. Yo utilicé la pausa para especular acerca de la capacidad de la caja. En los grandes ascensores caben diez o doce personas. Y ya éramos seis, un número ideal para no viajar apretados e incómodos.

Las puertas se abrieron con un desprolijo sonido metálico. Dejamos pasar a las mujeres e iniciamos la torpe pantomima de cedernos mutuamente el paso. Para no prolongar el asunto me metí yo. Después de todo había sido el primero en llegar. Las puertas automáticas volvieron a chasquear y trataron de cerrarse. El ejecutivo las detuvo con un rápido movimiento y permitió que entrara el viejo. Las puertas, luego del sofocón, no parecieron tener apuro por volver a cerrarse. Hubo otra pausa larga y eso me dio tiempo de pensar en la estupidez de los ascensores automáticos y los mecanismos que miden los intervalos sin tener en cuenta las necesidades humanas.

Marqué en el tablero el piso al que deseaba ir. Los otros me imitaron, y sólo restaba que el ascensor se pusiera en movimiento de una buena vez. Pero todavía hubo otra interrupción: en el momento en que las puertas empezaban a cerrarse llegó una chica a la carrera, taconeando por el pasillo. El ejecutivo y yo detuvimos las hojas de las puertas una vez más.

La espera se hizo fastidiosa. Me prometí interiormente rechazar a patadas al próximo intruso. Ya éramos siete, y aunque no había cartel alguno que indicara capacidad máxima, el ascensor era más chico de lo que yo había imaginado.

Las puertas por fin se cerraron y el ascensor aceleró. Todos íbamos a pisos situados por encima del 10. La chica llegada en último término, una pecosa menuda vestida con una amplia camisola bordada, bajaba en el mismo piso que yo. El ejecutivo iba al piso 27 y el viejo al 29. Las mujeres mayores,

contrariamente a lo que yo suponía, no andaban juntas. Una de ellas iba al piso 17 y la otra al 19. La joven del vestido verde marcó dos pisos: el 11 y el 20, lo que me pareció muy raro.

La falta de signos indicadores en el interior del ascensor no tardó en ponernos nerviosos. Estábamos obligados a confiar en que el mecanismo respetaría lo que habíamos marcado, pero pasó largamente el tiempo necesario para subir diez pisos y el ascensor no se detuvo.

Cuando la marcha se prolongó más de cinco minutos, empezamos a intercambiar miradas recelosas. La certeza de que estábamos viajando en un aparato moderno, ultra-rápido, sólo servía para aumentar nuestra perplejidad. A eso se sumaba que el ascensor no parecía moverse. Lo único que contradecía la sensación de absoluta quietud era una leve vibración de las paredes metálicas.

El ejecutivo miraba su reloj con obsesiva frecuencia, pero no parecía interesado en compartir la información obtenida con ninguno de nosotros. Por último, incapaz de aguantar la curiosidad por más tiempo, le pregunté:

—Por favor, ¿podría decirme cuánto hace que estamos viajando?

—Cuatro minutos y cincuenta segundos —dijo el ejecutivo sin dejar de mirar el reloj.

Hice un rápido cálculo mental. Un ascensor común (éste no lo era) recorre, sin detenerse, no menos de veinte pisos por minuto, lo que haría cien pisos en el tiempo que llevábamos viajando. Había una remota posibilidad de que algún mecanismo estuviera trabado y nos hubiéramos detenido sin notarlo. Pero me costaba aceptar que un ascensor tan moderno no contara con un sistema de alarma.

Como el único que tenía reloj era el ejecutivo, empezamos a acosarlo. Le preguntábamos la hora cada cinco segundos y el hombre, como es lógico, terminó por fastidiarse.

—Les diré la hora cada quince segundos —dijo con un tono que no admitía réplica—. Pero no me vuelvan a preguntar porque suspendo todo... Doce minutos, cuarenta y cinco segundos.

A los quince minutos exactos de viaje el ascensor se detuvo. La pausa habitual despertó en nosotros una ansiedad desmedida. ¡Ya no teníamos paciencia ni para esperar la apertura de las puertas!

El anticlímax fue aún peor. Apareció un hombre de unos treinta años, vestido con un uniforme militar, y con paso firme entró en la caja. Se apoyó en la pared del fondo con aire ausente, ignorándonos. Miré los galones que adornaban el uniforme, pero me resultaron totalmente esotéricos. Ni siquiera el color y el diseño del traje se parecían a los que normalmente usan las Fuerzas Armadas.

Nosotros, los ocupantes originales del ascensor, nos dedicamos a mirar la abertura con expresión imbécil. Nos parecía imposible que después de semejante viaje la puerta pudiera franquearse sin obstáculos.

Pero todo estaría perdido en un par de segundos si no lográbamos superar la parálisis, interrumpiendo el mecanismo que volvería a poner en marcha el ascensor. Curiosamente el que actuó fue el viejo decrepito. Con un salto felino apoyó la espalda contra la hoja en el mismo momento en que empezaba a cerrarse. Esto sobresaltó al militar y lo obligó a mirarnos con atención por primera vez.

—Dígame —dijo la mujer que se parecía a la Crawford—: ¿en qué piso estamos?

El militar se cuadró como si le hubiera hablado un superior. Formó en su cara una sonrisa artificial y se inclinó hacia la mujer.

—No le puedo proporcionar esa información, señora —dijo—. Estamos en un sector militar del edificio, zona restringida. Si le dijera el número del piso traicionaría a mi Arma, a mi Patria, a mi Honor. —Las mayúsculas sonaron con toda claridad.

—Todos nosotros —logré decir—, íbamos a pisos situados entre el 10 y el 29, sin embargo el ascensor viajó sin detenerse hasta aquí...

—Posiblemente —me interrumpió el militar— porque yo lo llamé pulsando un control de prioridad.

Mientras se desarrollaba este diálogo, las puertas permanecían abiertas gracias al viejo. Pero ya parecía hora de dar un corte al asunto y continuar viaje. El ejecutivo siguió tal vez una línea de razonamiento similar, porque Preguntó:

—Usted, ¿sube o baja?

—Lamentablemente no se lo puedo decir. El mismo control que marca la prioridad registra el piso al cual me dirijo. Es secreto militar.

—Entonces ¿nos convendría seguir con usted o tomar otro ascensor? —El ejecutivo miró nervioso el reloj.

—Créame que lo siento, pero ambas opciones parecen arriesgadas. Si siguen conmigo podrían verse involucrados en una acción de comando muy peligrosa. Si bajan... No sé; como ya les dije esto es zona militar. Si tardaran en conseguir otro ascensor podría capturarlos una patrulla. El oficial al mando es un hombre de mal genio y quizás los confundiría con agentes del enemigo. Los encarcelarían, serían juzgados en secreto, atrapados en una maraña de la que les costaría mucho desprenderse.

—¡Pero nosotros somos personas decentes, no saboteadores! —se espantó la mujer mayor que no se parecía a Joan Crawford.

—¿Tiene un certificado? Usted parece haber visto muchas películas en las que los espías se visten con abrigos de tweed, se levantan las solapas hasta las orejas y se cubren los ojos con gafas para el sol. — El militar tenía dificultades para mantener la sonrisa, y ya empezaba a sentir el esfuerzo de hablar tanto tiempo con civiles.

—Si lo que le voy a preguntar no lo obliga a violar un secreto —dije—, ¿podría informarnos si la zona militar es muy extensa, si falta mucho para salir de ella, si en algún momento podrá decirnos dónde estamos? —Lo siento, no. Tenga un poco de paciencia. ¿Qué querría decir con eso? El edificio era grande, uno de los más grandes de la ciudad. Pero la joven había marcado el piso 29 y eso me parecía un límite razonable. Para colmo ahora no podíamos ni siquiera estar seguros de que el ascensor hubiera estado subiendo. La llamada de prioridad que había realizado el militar y anuló las nuestras, bien podía haber sido hecha desde un subsuelo. Esto concordaría perfectamente con el encanto que ejerce, sobre la mente militar, el poner toneladas de cemento entre la cabeza y las bombas. Cien pisos hacia abajo es mucho más factible que la misma cantidad hacia arriba.

—Entonces sigamos —dije haciéndome cargo de la decisión, e imaginando que ninguno de mis compañeros de infortunio querría arriesgarse a un juicio sumario y fusilamiento. El crudo realismo aconsejaba no gastar fuerzas contra el militar. En ese mismo momento volvieron a chasquear las puertas, y el viejo se hizo a un lado, permitiendo que se cerraran.

Soportamos varios minutos de gran tensión. Todos sentíamos que cualquier agresión contra el militar era inútil. No sólo porque él tenía un arma, sino porque estábamos indefensos frente a los caprichos del ascensor.

Hasta que imprevistamente una de las mujeres hizo una pregunta:

—¿Usted es general? —dijo la chica escandalosa tocando las insignias con una larga uña pintada en tres colores.

—No —contestó el militar; pero se cuidó muy bien de no revelar el grado.

La otra chica, la pecosa, le preguntó al militar si creía que ganaríamos la guerra. El dijo que sí, que seguro, y yo quedé preguntándome de qué guerra estarían hablando.

Roto el hielo, la conversación entre el militar y las chicas se hizo más animada. Hablaron de música —tema en el que él parecía muy entendido— y al cabo de un rato me dio la impresión de que la chica pecosa quedaba desplazada. El militar y la joven escandalosa bajaron la voz, se apretaron en un ángulo de la caja y pasaron a un sugestivo nivel de intimidad.

La chica pecosa tal vez se sintió herida por el rechazo. Se refugió en otro rincón del ascensor, y cuando el militar y la joven escandalosa empezaron a acariciarse y besarse, vi que se ruborizaba y se le llenaban los ojos de lágrimas.

Todos los demás fuimos, a partir de ese momento, confusos testigos de dos líneas de hechos paralelos. Por un lado no podíamos dejar de vigilar con angustia la marcha del ascensor, por otro nos fascinaba el desigual acople de la chica y el militar. Ella era una experta, sabía dar a sus movimientos un ritmo, una cadencia sensual; se adivinaba que un ascensor le resultaba tan cómodo y apropiado como el asiento trasero de un coche. El, en cambio, era torpe y desmañado. Había pasado demasiado tiempo en el cuartel, limitado a sus actividades específicas, y tal vez su único contacto con mujeres había sido el que le proporcionaba el Ejército, cuando una vez al año traía a un grupo de prostitutas veteranas.

Los delicados intercambios del principio fueron reemplazados por expresiones más intensas. Ella empezó a luchar contra el cierre del pantalón y él había logrado sacarle uno de los pechos fuera de la solera y le apretaba el pezón entre el pulgar y el índice. Entornamos los ojos para parecer discretos y nos concentramos en la marcha del ascensor.

Sólo oíamos gemidos y jadeos —era como si la pareja se hubiera vuelto invisible—, cuando la mujer que no se parecía a la Crawford lanzó un chillido. El militar se sobresaltó y se apartó bruscamente, como si hubiera recibido una orden de la superioridad, dejando a la chica desairada, con el pecho fuera del vestido y las manos acariciando el aire.

Ante nuestra sorpresa el militar se acercó a la mujer que había gritado, la miró un momento con el ceño fruncido y le dijo:

—Señora, soy un caballero. Me casaré con la chica.

La mujer retrocedió, dando con la espalda contra la pared metálica del ascensor, que sonó como un timbal. Susurró algo que no pude entender, aunque imagino que trataría de explicar que no era la madre de la chica, que no tenía nada que ver. El militar se mantuvo en su postura y la joven escandalosa parecía feliz.

Aunque todos estábamos tácitamente de acuerdo en que aquello no tenía el menor rasgo de legalidad y por otra parte no había razones para apresurarse, ya que en algún momento el ascensor tendría que terminar su viaje, ninguno se atrevió a discutir con el militar.

Me eligieron para que presidiera la ceremonia, ya que el viejo presentaba un aspecto lamentable, y el ejecutivo tenía un aire comercial, inadecuado para el caso. No me importó haber sido elegido por descarte. Era la primera vez que casaba a una pareja. Me gustó.

La ceremonia fue rápida. Dije los declaro marido y mujer, aunque pensaba que ese matrimonio insólito no podía durar.

Acordamos mirar a la pared para que la flamante pareja pudiera consumar la unión y todos nos comprometimos a no girar la cabeza.

De todos modos, y aunque mi intención no era espiar, la despejada superficie metálica devolvía, deformada, una imagen de lo que pasaba a nuestras espaldas. El militar era definitivamente inexperto. A pesar de los esfuerzos de la chica, el coito era insatisfactorio. Para rematar el asunto, la mujer que no se parecía a Joan Crawford volvía continuamente la cabeza desconcentrando al militar.

El final fue ruidoso, con gemidos y chillidos. Nos apresuramos a consolar al militar dándole palmadas en los hombros y apretones en los brazos. Le dijimos cosas como no se preocupe, yo tengo un primo que es mucho más impotente que usted, no se asuste, la impotencia se cura. El militar agradeció las molestias que nos tomábamos, pero no modificó la rigidez anterior cuando sacamos una vez más el tema del límite de la zona secreta, aunque reconoció que ni su propia familia había sido jamás tan delicada para hablar con él de temas sexuales. Le dijimos que no estaba en deuda con nosotros, que aunque era militar lo considerábamos un ser humano como cualquiera. Hubiéramos seguido animándolo, pero en ese momento el ascensor se detuvo.

Cuando las hojas se separaron vimos a un guardia cuadrado justo frente a la caja, esperando. Nuestro militar había recompuesto mágicamente su aspecto y lucía como al principio. Se adelantó un paso y saludando a su vez con un golpe de tacón le habló al otro en un idioma desconocido para nosotros. El guardia movió la cabeza negativamente y después hizo lo mismo con el dedo índice. En el gesto había algo burlón, como si no se estuviera dirigiendo a un superior. Creo que si le hubiéramos visto los ojos, tapados por el casco, también habríamos notado un brillo duro, un no de acero.

—Querida —dijo el militar apoyando las manos sobre los hombros de su mujer—, tenemos que separarnos por algún tiempo. Ser mi esposa no te habilita a entrar en la zona restringida. Pero nos volveremos a encontrar en la Planta baja cuando el Coronel me otorgue una licencia.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó ella parpadeando y haciendo fuerza por no llorar.

—No sé. Una semana, un mes. Eso lo dispone el Alto Mando. Mis deberes para con la Patria...

—¿Y si estoy embarazada?

El militar miró desconcertado a la mujer. Todos nosotros tosimos o carraspeamos aparentando indiferencia. Embarazo sonaba —ignoro por qué motivo— más indecente que coito.

—Es demasiado pronto para saberlo.

—Creo que estoy —insistió la chica.

El militar pareció irritado, pero se contuvo. Lo que decía la joven escandalosa tenía varios niveles de lectura, aunque su marido prefirió aceptar la interpretación literal.

—Mis deberes son sagrados —dijo el militar. Había una terquedad infantil en su tono que no podía pasar inadvertida.

—Explícale al guardia, querido. Explícale lo que pasó entre nosotros.

El militar volvió a encarar al guardia, que había permanecido inmóvil todo el tiempo, y le habló otra vez en el idioma extraño. El guardia repitió la inflexible negativa. Parecía gozar con la situación.

Si bien yo había previsto un matrimonio breve, mis cálculos estaban hechos en base a semanas. Nunca hubiera imaginado que una relación conyugal pudiera durar minutos. Una idea disparatada surgió desde el fondo de mi mente: el ascensor era una especie de acelerador vital; estábamos viviendo un modelo a escala; allí nos multiplicaríamos y moriríamos en poco tiempo más. Para nosotros habrían pasado unos minutos; afuera, años. Pero la idea perdía sentido con sólo mirar el reloj del ejecutivo: apenas habían transcurrido cuarenta y nueve minutos desde el momento en que subimos al ascensor. Las máquinas pueden fallar, pero son incapaces de mentir.

El militar se alejó por la izquierda sin volver la cabeza. No nos saludó y tampoco se despidió de su mujer, que empezó a sollozar.

Las puertas se cerraron y el ascensor reemprendió la marcha.

—Supongo —dije, con la intención de levantar la moral— que una vez anulada la orden de prioridad militar, el aparato nos llevará a los pisos que marcamos al principio.

—No debería ser así —dijo el ejecutivo con un tonito pedante—. Conozco estas máquinas como si las hubiera fabricado. Lo que marcamos al subir se borró cuando los militares metieron los dedos.

—Entonces marquemos otra vez.

—No tiene sentido. No se puede modificar el rumbo con el ascensor en marcha. ¡Quién sabe de dónde nos llamaron!

—¿Y por qué no marcó usted, antes de que se cerraran las puertas? —exclamé irritado—. ¡Se cree muy vivo, muy inteligente, pero es un tarado!

El ejecutivo no pudo replicar con propiedad y optó por callarse. La chica pecosa me tocó el brazo.

—Dígame: ¿este viaje terminará alguna vez?

Había sentido simpatía por ella desde el primer momento. Me gustaba ese aire de artesana o poeta. Y el mismo hecho de que nos dirigiéramos al mismo piso establecía una correlación, generaba una onda favorable.

—Creo que sí —contesté sin comprometerme, tratando de ganar tiempo para pensar.

—Pero cada vez estamos más lejos de nuestro destino —insistió la chica.

—No necesariamente. Fíjese que no podemos estar seguros de si bajamos o subimos.

—Subimos, no le quepan dudas.

—Todo lo que sube termina por bajar...

—¿Le parece?

—¿Le parece que no?

—No sé. Deberíamos intentar otras explicaciones.

Resultaba gracioso que la chica dijera eso. Parecía mi reflejo. Aunque cada vez que yo me aventuraba en esos territorios acababa hundido hasta el cuello en ciénagas espantosas.

—¿Algo así como decir que el ascensor entró en un mundo alterno que no se rige por las normas del nuestro?

La chica se encogió de hombros.

—Ésa es tan aceptable y tan irrelevante como la que se me ocurrió a mí.

Nuestros compañeros de viaje asistían indiferentes al diálogo. La mujer que no se parecía a Joan Crawford nos miraba con gesto acusador, como si calificara de promiscuo hasta un mero intercambio de teorías.

—¿Cuál es su explicación?

—Viajamos en una máquina del tiempo. ¿No se fijó en que el... esposo de la... señora parecía un oficial nazi?

—No me pareció. Yo hubiera jurado que hablaban un idioma balcánico, croata, tal vez.

En este punto, cuando ya las teorías languidecían, el ascensor se detuvo.

—Tenemos que organizarnos —dijo el ejecutivo reponiéndose de mis agravios—. La señora del oficial y yo sostendremos las puertas, por turno para no cansarnos. Usted —se refería a mí— y la señorita tratarán de averiguar en qué piso estamos y cómo podemos salir de esta situación. Las personas mayores permanecerán en el ascensor, a salvo de cualquier amenaza.

No se me escapaba que esa clase de arreglo nos perjudicaba más que a nadie, pero parecía natural que nosotros, los más jóvenes, corriéramos los riesgos y que el ejecutivo se comportara con mezquindad.

Las puertas, al abrirse, revelaron una planta muy espaciosa, con excelente iluminación, la clase de paisaje que suelen exhibir los pisos antes de dividirse en infinitas oficinas mediante tabiques vidriados.

Caminamos veinte o treinta metros mirando a cada paso hacia atrás para cerciorarnos de que el ejecutivo no nos abandonaba.

—Mire ahí —susurró la chica tocándome el codo e indicando con el dedo en dirección a una consola, frente a la cual había un hombre sentado. Nos daba la espalda y parecía muy concentrado, la cabeza apoyada en los pulgares y las demás uñas rascando con frenesí el cuero cabelludo. Cuando nos acercamos más advertimos que había un tablero de ajedrez delante del hombre. En la consola parpadeaban incansables un millar de luces.

—Señor —dije—, por favor.

El hombre no cambió de posición.

—Señor —insistí—. Estamos perdidos. El ascensor....

El hombre siguió pensando la jugada (¿qué otra cosa podía estar haciendo?). Recién cuando movió un alfil dio alguna señal de vida. Apenas soltó la pieza recrudecieron los destellos en la consola y varios sonidos sibilantes se mezclaron y cruzaron destruyendo el silencio del lugar.

—Señor...

—¿Sí? —El ajedrecista giró en la silla y tardó un momento en enfocar correctamente la vista.

—Mire, estamos viajando en un ascensor demente. Se detuvo casualmente en este piso y pensamos que usted podría ayudarnos. —La chica soltó el discurso de un tirón. Le temblaban las manos.

—No hay nada casual cuando hablamos de cibernética... La computadora es el cerebro y el alma del edificio.

La respuesta no era enigmática, aunque me pareció que encerraba algo así como una amenaza.

—¿Quiere decir que su programa, además de jugar al ajedrez, controla los movimientos de nuestro ascensor?

—No. El programa, Morphy, sólo juega al ajedrez. Pero la computadora Cyber que lo soporta ocupa muchos pisos, se emplea en millones de funciones y forzosamente debe controlar el tráfico que circula por sus entrañas.

—Me puede decir en qué piso estamos, por lo menos...

—En el 2401 —dijo el ajedrecista sin vacilar.

No lo podía creer. Ese número, 2401, contradecía todo lo que yo sabía, lo que era capaz de pensar e imaginar. Nunca había oído hablar de un edificio con esa cantidad de pisos. Bajarlos por la escalera podría ocupar toda una vida. Pero me inclinaba a suponer que el ajedrecista bromeaba.

—No hay edificios tan altos —dije sin convicción. El ajedrecista ni siquiera respondió. O era un actor magistral o un cínico o un loco.

—¿Cómo salimos de aquí? —dijo la chica con la voz quebrada. El ajedrecista no le prestó atención y siguió su propia línea de pensamiento.

Cyber controla volúmenes, temperatura, humedad. Es muy sutil y mimosa.

Somos personas. ¡Somos algo más que volúmenes! Cyber es irrelevante porque no se puede computar. Si Cyber necesita calor lo toma de la fuente que tiene más a mano.

La conversación se tornaba lunática y lo que nosotros necesitábamos era el mapa del territorio por donde se vía el ascensor. Algo preciso.

—¿Puede ordenarle que nos suelte?

—Por supuesto. Lo que no puedo garantizarle es la dirección en que serán lanzados.

Ya no me importaba. Y creo que a la chica y aun a los que nos esperaban en la caja, tampoco. Un crudo realismo me inducía a pensar que en cuanto dejáramos de preocuparnos el ascensor nos devolvería por su propia voluntad a la planta baja.

Morphy hizo su jugada y el ajedrecista dejó de prestarnos atención.

—Vamos —dije—. Puede tardar horas en volver a dirigirnos la palabra.

El ejecutivo nos esperaba con los ojos brillantes de ansiedad.

—Nos controla una computadora —dije por toda explicación.

—¡Ah! ¿Y ahora?

Me encogí de hombros.

—No sé. Dejarnos llevar. Estamos en el piso 2401. Quizás una jubilada inocente nos llame desde la planta baja o tal vez un sabio loco nos lleve al 3000.

—No hay que perder las esperanzas —dijo sorpresivamente la mujer que se parecía a Joan Crawford.

—Bajemos por las escaleras —sugirió el viejo.

A su vez, cada uno expuso su insensatez. Las ideas fluctuaban entre el más franco disparate y el candor infantil. Me parecía que nadie tenía verdadera conciencia de la situación. Estábamos a más de seis mil metros sobre el nivel de la calle, sujetos al capricho de voluntades extrañas, artificiales.

—Yo creo —dije alzando la voz por encima de la trama gris en que se había convertido la charla— que si el azar empezó esta locura, el azar habrá en algún momento de terminarla.

No contestaron, pero la sola idea de volver a viajar en el maldito aparato despertaba un sentimiento de condenado a muerte a punto de ascender al patíbulo.

Pero no fue tan malo.

En el piso 2637 (sorprendentemente a partir del 2500 había indicadores en cada piso) encontramos un restorán automático. Comimos y aprovechamos el baño en dos turnos. Todo estaba inmaculadamente limpio, a pesar de que no vimos personal de mantenimiento por ninguna parte. ¿Estábamos todavía en la zona que controlaba Cyber? ¿Habíamos vuelto al sector militar? ¿Entrábamos en una región nueva, inexplorada? Como venía sucediendo desde el principio del viaje, las preguntas quedaron sin respuesta.

Poco después el viejo se murió de un ataque cardíaco. Hubo chillidos y desmayos. No es demasiado agradable viajar con un cadáver, especialmente si se ignora cuándo se detendrá el vehículo. Nuestra próxima escala podía estar a cinco minutos o cinco horas de distancia, y nadie sabía si los arquitectos habían destinado algún piso a cementerio.

La siguiente vez que el ascensor se detuvo era de noche (los pasillos estaban a oscuras), por lo que aprovechamos para sacar el cadáver del viejo. Que se arreglaran los ordenanzas...

Ya no nos preocupábamos por marcar el piso al que deseábamos ir. El propósito original del viaje había quedado desvirtuado. Los pisos bajos era un recuerdo lejano, estaban hechos del mismo material que la memoria.

El ascensor paró en un piso que estaba enteramente dedicado a la venta de materiales escolares. Hasta donde alcanzaba la vista —y luego hasta donde llegaron nuestras exploraciones— todo lo que se veía eran pilas de cuadernos, parvas de lápices, montañas de gomas de borrar. Elegí un cuaderno y un bolígrafo con la intención de empezar a escribir un diario y registrar en él los sucesos importantes que se fueran produciendo. Pero jamás lo hice. Tal vez porque la falta de intimidad en el ascensor desalentaba confesión de pecados personales o la crítica de conductas ajenas. O quizás porque en definitiva no había acontecimientos que relatar.

La mujer del militar estaba embarazada y de algún modo los demás nos sentíamos responsables de su cuidado. El militar no volvió a subir al ascensor a pesar de que más una vez atravesamos zonas restringidas. Estábamos un poco preocupados porque la comida que se podía obtener en los restaurantes automáticos era inadecuada para una embarazada, y constantemente fantaseábamos con la idea de encontrar un depósito de latas de leche en polvo.

Las teorías acerca del origen y eventual desenlace de nuestra aventura ocuparon nuestro tiempo libre durante los primeros días. Pero a medida que la vida en el ascensor fue encontrando su rutina, quedaron relegadas a segundo plano.

No volvimos a encontrarnos con Morphy. Al cabo de cierto tiempo comprobamos que los baños estaban sucios y los restaurantes carecían de algunos alimentos, como si cierto grado de abandono empezara a socavar la organización del edificio.

La mujer del militar tuvo un varón. Lo llamó Algis, según ella porque el padre se llamaba así. Eso hubiera supuesto que el militar era letón y no croata, aunque me abstuve de abrir una discusión.

El día que nació Algis hice un cálculo en el cuaderno. Descontando las paradas para comer y explorar habíamos subido siete millones de pisos. Arranqué la hoja, la arrugué y la tiré en un rincón de la caja.